

## Virgenes para escoger

Los lugares de María

Emma Forero Diago

Arte-Publicaciones, Bogotá, 1988, 142 págs.

A pesar de ser éste un libro de "sobria intención", como lo anota el prologo, el abogado Gustavo Ibarra Merlano, quien acertadamente soslaya a la Virgen como uno de los factores más notables de nuestra identidad nacional, tan dada al culto de hiperdulía, es, no obstante, el primero y único en su género.

No es preciso formar parte de asociaciones de romeros extasiados ni tampoco ser especialmente adicto al tema para disfrutar esta especie de guía, concebida durante el pasado año mariano para facilitar visitas a los lugares "elegidos para su veneración y que no son sino una imagen reduplicada del verdadero sitio donde Ella tiene su asiento: el abismo del corazón humano" (pág. VII).

Y si es verdad que los más visitados santuarios son, en su orden, los muy célebres de Chiquinquirá, Las Lajas (Nariño) y La Misericordia (Santa Rosa de Osos), en el alma colombiana lleva el primer lugar, sin duda, la muy nuestra Virgen del Carmen, traída antaño de los cármenes, esas quintas andaluzas ornadas de hermosos huertos y jardines, ahora venerada en especial en la catedral primada y en el hoy renaciente camarín del Carmen. De ello da fe el que sea la patrona de las fuerzas armadas, de la policía nacional, de los transportadores y de los mineros, y que hasta consiguiera en viejos tiempos una milagrosa conversión de un presidente de la república.

Una breve aunque muy cuidada historia en cada caso, un recorrido rápido e interesante por unos ochenta santuarios, con la belleza que confiere la sencillez, dan vida a una galería que en el tiempo se inicia con la desaparecida Santa María la Antigua del Darién, devorada por selvas impenitentes, y en el texto, dividido por regiones, con el muy original san-



tuario de la Peña, de 1716, que fuera lugar de conspiración patriótica clausurado por Morillo y que en esta vistosa edición identifica la cubierta, en una imagen lejana debida a la pluma del maestro Gonzalo Ariza, bien complementada en el texto con una bella iconografía y con reproducciones de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. El libro incluye, además, la plegaria a la Virgen de Chiquinquirá, de Juan Pablo II, una variación del avemaría, junto con algunos poemas variados que dan mayor resalte a la presentación.

A juzgar por estas páginas, las manifestaciones de la Virgen, "ejemplar humanamente perfecto" (pág. VII), no son poco frecuentes, amén de extrañas, y en general deparan recuerdos de curiosas advocaciones y otras maravillas ignoradas.

Si bien las historias difieren en el detalle, no dejan de contener singulares puntos de contacto: se suelen iniciar con un milagro, una aparición personal, y en ocasiones, lo que es más sorprendente aún, bajo la forma muy criolla de una doncella mestiza o indígena, o en imágenes o lienzos que destilan lágrimas o bálsamo, a menudo toscamente dibujadas sobre trozos de

roca o de madera descubiertos en una cueva, en un nevado o llegados por barco de quién sabe dónde y sin que nadie los haya nunca reclamado como suyos, a lo cual sigue otro proceso, no por dilatado menos milagroso: la renovación de las imágenes a fuerza de rezos o del implacable paso del tiempo, tras el cual viene finalmente un proceso jurídico con testigos y juramentos seguido en ocasiones por una solemne coronación y hasta, una vez, por una Cruz de Boyacá.

El recorrido, que es amplio, abarca desde la Virgen de la Peña hasta Nuestra Señora del Campo, en San Diego, abogada y patrona de Santafé, tan ligada a la vida disoluta del virrey Solís. Mencionaré otras, casi al azar: Nuestra Señora de las Angustias, la que inspiró la creación del barrio El Minuto de Dios; la célebre "bordadita" del Rosario; la virgen negra original de Monserrate, continuadora de un culto catalán, sustituida después por el más moderno culto al Señor Caído; la de Guadalupe, esa imagen de estirpe extremeña de quince metros de altura, del escultor Gustavo Arcila Uribe; Nuestra Señora de la Salud, curandera de prestigio, venerada ya sea en Boyacá, ya en Chocontá, ya en Jericó; la de Czestochowa en Usme, réplica de la muy polaca virgen negra de Jasna Gora; en Boyacá, la Virgen del Refugio, en el nunca bien ponderado templo de Santo Domingo; la de Tutasá, vencedora en el Pantano de Vargas, no es menos llamativa que la extraña historia de las imágenes trastocadas de Sogamoso y de Monguí, esta última "tan celebrada por sus prodigios", al decir de Lucas Fernández de Piedrahíta; Nuestra Señora de la "O" en Betétiva; la de Salazar de las Palmas, en Norte de Santander, que resalta por su belleza plástica; el libro se traslada a Medellín, 'villa de la Candelaria', para mostrarnos luego la virgen de Rionegro, traída en lejanos tiempos desde la desaparecida población de Santiago del Arma, "madona" que ostenta orgullosa los cargos de alcaldesa mayor de la ciudad y de miembro honorario de la Academia de Historia. En el Valle del Cauca destaca la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, en el con-

vento de La Merced, que a su lado tiene el Niño con un chontaduro, el fruto regional, y en Pasto es notable la Virgen de la Panadería, recuerdo de un antiguo depósito de trigo.

Cierran el libro una amplia lista de santuarios marianos y un mapa que, como este libro, se destaca como el primero en su género, lo que es ya un mérito digno de mención.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## El no de la historia

### La crisis del poder

J. Ernesto Patiño Avila

Ecoe ediciones, Bogotá, 1988, 146 págs.

Nada aparentemente más descarado y fácil que presentar un libro que suponemos no leído por otros, y más si se posee la remota esperanza de que la presentación disuadirá a los otros de emprender su lectura. Aparentemente. La escuela del reseñista está llena, para el defensor de los "trabajos serios y especializados", de descarados y facilistas. Pero el autor de reseñas bibliográficas tiene un compromiso, o debe tenerlo. El solo hecho de que exista un lector de reseñas —especie bien curiosa y minoritaria, cuyo 90% lo conforman los autores de reseñas— es ya un aliciente bastante comprometedor. Se debe manejar con honestidad el arte

del propagandista a través de la crítica y el análisis. Y como lo que se promociona es un producto designado bajo la especie de "libro", el lector me perdonará esta nota introductoria al producto bibliográfico en cuestión (nota que, por las mismas razones, no va a pie de página ni en las "notas"). Me refiero, entonces, y en principio, a la edición de Ecoe para esta serie de ensayos del doctor Patiño Avila que, por otra parte, afecta gravemente el contenido de la misma. No es responsable que bajo el escudo de "modesta edición" —que no responde a criterios económicos— se oculte la mediocridad del trabajo editorial a todo nivel: por supuesto que habría que comenzar por la confusa redacción del autor, aunada a la despreocupación por revisar y unificar los textos, pero un trabajo consciente de corrección de pruebas debe llegar a la sugerencia y a la amonestación al brillante y descomplicado autor. En la presente edición pareciera haberse omitido el trabajo del corrector de pruebas: constantes y graves errores de ortografía, puntuación defectuosa y ausencia de criterios de unificación tipográfica. Todo esto, sumado a las fallas de diagramación, armada e impresión, nos dejan la sensación de estar leyendo unos borradores premonitorios de un texto importante.

El prólogo de Pierre Gilhodés hace referencia al carácter de ensayos de los textos allí agrupados —ocho en total y tres partes que los abarcan—. El método ensayístico, sin embargo, no supone una hipótesis previa, como la que se formula en casi todos los textos del libro, sino el desarrollo de unas tesis centrales. Es claro que Patiño va más al desarrollo de dichas tesis y a la búsqueda de propuestas. En este caso, el interés analítico por presupuestos teóricos es un estorbo. Veámoslo en el texto "Violencia y luchas políticas", el más extenso del libro, sobre la violencia en Colombia: con el propósito expreso de hacer un análisis multifactorial del fenómeno, presenta inicialmente las teorías sobre las causas de la violencia en Colombia. El propósito expreso se esclarece en la "conclusión parcial", en la que se recomienda tener en cuenta las seis teorías, porque todas

son válidas. Pero tras la "conclusión parcial" surge la verdadera tesis del origen político-militar del fenómeno. Por supuesto que la tesis tampoco descarta las seis teorías previas, pero las anula en su exclusividad, anulándose de paso ella misma, puesto que la propuesta es de "entrelazamiento" multifactorial. Podríamos tomar, por ejemplo, la teoría de causas económicas como base del "entrelazamiento": si se hacía necesaria la expropiación agraria —base—, se hacía necesaria la legitimación política —de Estado o de partido, con la presencia del terrateniente representante—, necesario el control militar —casi indistinto del guerrillero en la época denominada Violencia—, necesaria la punición a los transgresores de las leyes de propiedad —ya bastante confusas para la víctima de la expropiación—, con lo cual era necesaria también, en el sentido de naturaleza, la conducta marginativa y transgresora por contra (sádica, cruel, etc...) del agredido, y nadie podría negar que la injusticia económica de base tiene antecedentes históricos, los mismos que han producido guerras civiles en nuestro país, desde el momento mismo de la Independencia. Con lo cual, están integradas las seis teorías, a saber: la económica, la política, la militar, la jurídica, la "psico-social" (descartando, claro está, el galimatías étnico de que "la agresividad indígena presente a través de todos los períodos de la historia y latente, hasta el momento de la violencia, en la descendencia étnica, encontró sus cauces energéticos...") y la teoría histórica, que, finalmente, antes que ser una teoría más, ofrecería el enfoque epistemológico para las otras.

Esta dispersión metodológica atañe a la ambigüedad del carácter ensayístico o a la timidez del autor en hacer una síntesis de la investigación previa, poniéndose por encima de lo investigado.

Igualmente se manifiesta en el empleo equívoco de las hipótesis, primero porque carece del espacio necesario para demostrarlas (los ensayos parecen haber sido escritos para el libro como viñetas de un paisaje), y segundo porque son hipótesis "predemostradas" que sirven, a su vez, de argumentación. En el capítulo sobre